

Jóvenes y cuerpos en resistencia: tatuajes y perforaciones¹

Alfredo Nateras Domínguez *

1. Los contextos de la alteración y decoración corporal

En nuestro país, la historia contemporánea del tatuaje (*tattoo*) y las perforaciones corporales (*body piercing*) se explica principalmente a partir de la práctica cultural fronteriza y urbana; y de los intercambios establecidos entre tatuadores y perforadores locales y del extranjero, especialmente “del gaba-cho”, de Europa y demás lugares del mundo.

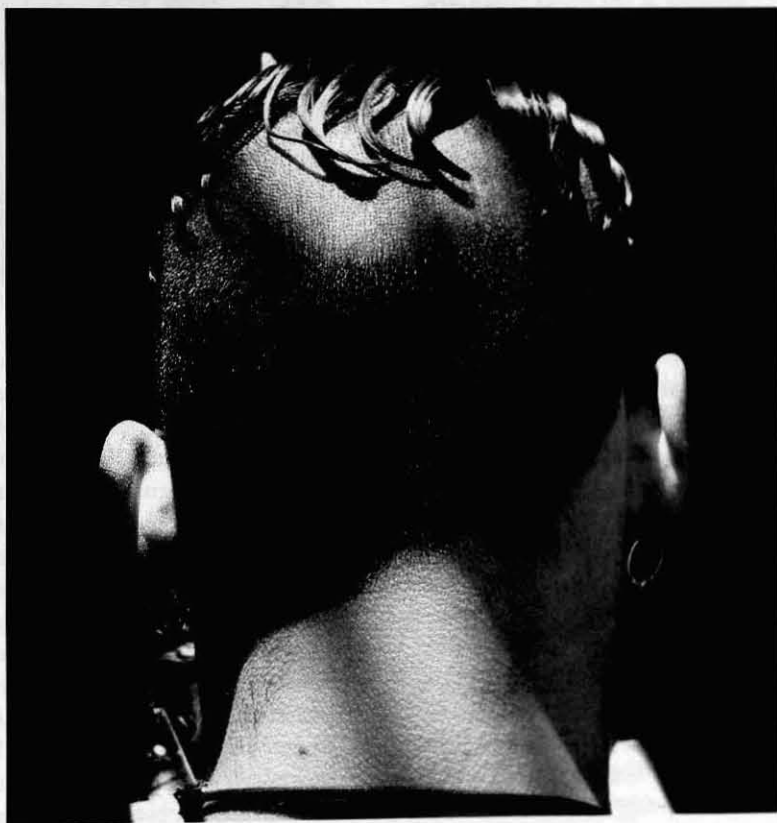
Hoy en día se mantiene el predominio e influencia del estilo estadounidense del tatuaje, caracterizado por iconografías de la llamada “vieja escuela” (*The Old School*: figuras sencillas y piezas chicas), lo “moderno primitivo” (tribales, celtas) y lo que últimamente se conoce como la “nueva escuela” (*The New School*: que privilegia el manejo de la dimensión y los colores).

Sin embargo, más allá de influencias y dominios entre los estilos estadounidense y mexicano, lo interesante es reflexionar sobre las características sociales de una relación mutua de intercambios, aunque ciertamente desigual, con base en una práctica cultural milenarista últimamente asentada y resignificada en las grandes urbes de ambas naciones y de otras partes del mundo, con los hombres y mujeres jóvenes como personajes centrales

2. Memoria colectiva del cuerpo tatuado y perforado

La incipiente práctica del tatuaje en el México contemporáneo se manifiesta desde distintos referentes como el de la Revolución Mexicana, incluyendo la soldadera y la milicia; la marina con sus marinos y zonas de puerto; la cárcel con sus prisioneros y delincuentes; las prostitutas; los habitantes de barrios populares y las clases bajas; así como en lo callejero y subterráneo. Al estar vinculada con estos escenarios, sectores y sujetos de la marginalidad (los

olvidados y miserables de siempre), la práctica cultural del tatuaje tuvo inicialmente un estatuto clandestino y oculto, con cierta dosis prohibitiva, fuertemente estigmatizada y reprobada por la correspondiente moral social. Esto contribuyó, junto con los medios, principalmente la crónica periodística amarillista; los estudios científicos psicologizantes, la moral religiosa y los valores sacrosantos de una gran parte de familias mexicanas, para que se fuese construyendo un imaginario social poco tolerante con respecto a la altera-

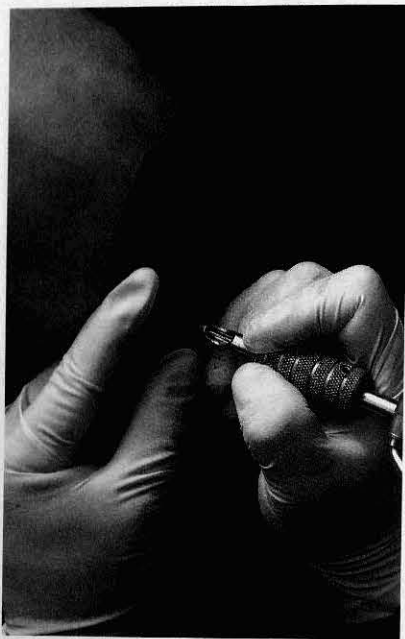


* Profesor-investigador. Departamento de Sociología. UAM-Iztapalapa.

ción y decoración corporal. En casos extremos se llegó a la represión física y la exclusión social, circunstancia que todavía se manifiesta en varios sectores de la sociedad mexicana, si bien ya no tan crudamente. Escuchemos a don Luis Germán Jiménez hablar de su experiencia en la cárcel:

Estaba en el [...] Reclusorio Oriente y ahí yo vi cómo dos muchachos se tatuaban, entonces le dije yo a un muchacho que como cuánto me cobraba por un tatuaje y me dijo pues ahí nos das para los cigarros [...] cualquier campana, quiere decir 20 0 30 pesos, pero entonces pues no eran ni los 30 ni los 40 pesos porque pues yo creo que me salió más caro porque ahora si que la verdad, un amigo le tenía que estar echando aguas que no vieran los custodios, le encontraban sus tintas y pues le quitaban sus cosas, porque de hecho había veces que hasta con unas pilas hacía un motorcito y con eso ya también hacían tatuajes, en esa ocasión este muchacho no tenía motor, no había pilas, entonces yo lo que quería era que ya me lo terminara de hacer, entonces [...] en un palo de paleta le puso unas agujas y que me comenzara a hacer el tatuaje o que me lo terminara de hacer porque de hecho ya llevábamos varios días haciéndomelo y no veía yo que me lo terminara. (Don Luis, "El Coreano").²

Al tipo de tatuaje que se realiza dentro de las cárceles del país se le conoce como "tatuaje canero". Se caracteriza por tener un escasísimo valor estético (líneas irregulares, desdibujados, de color negro; en general feos y mal hechos), aunque con una carga afectiva muy fuerte, misma que se marca y



"raya" en la piel, en el entendido de que el cuerpo en el encierro, legal y simbólicamente, no le pertenece al sujeto. Por ello uno de los significados del tatuarse, más allá de las iconografías e imágenes que se plasman en las pieles, está vinculado al ritual del dolor —que es considerable por la técnica rupestre utilizada— como tributo por la afrenta cometida a la sociedad. Digamos que esta técnica primitiva del tatuaje sale de las cárceles y se expande por los espacios callejeros. Pronto comienza a ser usada como un bien cultural simbólico en barrios, zonas de sectores humildes de México, y principalmente por los incipientes agrupamientos juveniles, compuestos en su mayoría por hombres.

Así, en un primer momento, la técnica empleada por los aprendices de tatuador es muy rupestre, tosca y brusca. Consiste en el tatuaje hecho a mano con aguja para coser, palos de paleta, tenedores, plumas, clavos afilados, cuerdas de guitarra, tintas de papelería (alemana o china), corcholatas y mucha intuición en el aspecto de la higiene. Ya para un segundo momento, se

transita a las máquinas con bobina, pedales y agujas más profesionales, elaborados por los mismos tatuadores (máquinas hechizas); además, se pasa de la tinta de papelería a los pigmentos naturales o vegetales. Posteriormente, como tercer momento, aparecen las máquinas profesionales que realizan alrededor de cinco a seis mil piquetes por minuto, marcan líneas más finas en los lienzos corporales y hacen posible tatuar piezas más grandes, elaboradas y complejas.

Es claro que a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, el contexto sociohistórico a partir del cual emerge y se expande la práctica del tatuaje y de las perforaciones corporales en el país, está marcado por el bajo mundo, la pobreza, la carencia, la exclusión, la violencia social y familiar, el uso social de drogas, un fuerte sexismo y la dura presencia de la fe religiosa. Fue precisamente este hecho el que determinó los tipos de imágenes e iconografías que comenzaron a grabarse en los cuerpos urbanos.

Las rutas sociodemográficas que se abrieron fueron las marcadas por algunos agrupamientos juveniles que circularon de lo chicano a lo cholo y de lo cholo a las bandas de jóvenes situadas en la frontera norte del país, especialmente en la ciudad de Tijuana, Baja California. De Tijuana la práctica cultural del tatuaje (y en menor cuantía de las perforaciones corporales) transita hacia Guadalajara, Jalisco, y de ahí llega a la ciudad de México, en constantes e intermitentes flujos y reflujos, de ida y vuelta.

Estos trayectos configuran determinadas definiciones sociales en lo que atañe a las iconografías, los sentidos y los estilos diferentes con respecto a la decoración y transformación de los cuerpos, especialmente en los jóvenes urbanos, una de cuyas características principales es concebir el cuerpo como un territorio de la resistencia social y cultural.

3. La mirada social y la trama familiar

Debido a que la práctica cultural contemporánea del tatuaje y la perforación aparece ligada a los "bajos fondos", una gran parte de la sociedad ha construido un imaginario social negativo con respecto a ella, misma que todavía hoy, aunque ya no con tanta fuerza e intolerancia como antes, sigue permeando las relaciones laborales, familiares, de pareja e incluso del tránsito, circulación y uso de los diferentes espacios semipúblicos y públicos de las principales urbes del país.

Propio de este imaginario social es una "mirada" que cae despiadadamente lo mismo sobre los que se dedican a la alteración y decoración de los cuerpos, que sobre los que han decidido modificarlos. Algunas de las manifestaciones de esa mirada son los estigmas, los prejuicios, la moral conservadora, los fundamentalismos religiosos, las posturas de los partidos políticos como el PAN, con un protagonismo desinformativo, tendencioso y desmedido de una gran parte de los medios masivos de "comunicación" escritos y electrónicos. Al tomar la palabra, esta "mirada" descalifica al *otro* apelando a imágenes estereotipadas de quienes se tatúan y perforan los cuerpos: malvivientes, desertores, rateros, mariguanos, prostitutas, criminales, delincuentes, violentos, presidiarios, vagos, secuestradores, asaltabancos, exconvictos y vulgares, por mencionar las más llamativas. Es, evidentemente, una mirada y un discurso incapaz de tolerar la diferencia.

En los espacios sociales urbanos, como centros comerciales, restaurantes, parques, transportes públicos, y calles en general, los cuerpos alterados y decorados que transitan, particularmente de jóvenes, atraen las miradas de los otros, distintos y diferentes a ellos, activando una suerte de incomodidad, irritación, miedo y temor que ha ocasionado acoso, violencia verbal

y física, exclusión, maltrato y discriminación.

Actualmente existen una serie de adscripciones identitarias juveniles, estilos y estéticas urbanas diversas, llamativas y espectaculares, cada vez más visibles en los espacios semipúblicos y públicos de las ciudades como "darketos", "raves", "cholines", "gruperos", "salseros", "hiphoperos", "góticos", "skatos", "industriales", "heavy metaleros", e inclusive jóvenes sin ninguna adscripción grupal claramente definida, quienes en su mayoría portan tatuajes y perforaciones en sus cuerpos urbanizados y que por desgracia no han estado exentos de sufrir agresiones por el simple hecho de usar sus corporalidades como les venga en gana y mostrarse como lo desean o tal cual son.

Esta situación de presión y represión social obliga a algunos jóvenes, principalmente tatuados, a ser prudentes y discretos. Cambian su modo de vestir con el fin de ocultar sus tatuajes; identifican ambientes de seguridad psicológica con amigos o conocidos cercanos, y generan lugares apropiados, públicos y privados, en los que sí muestran sus cuerpos alterados a través de los tatuajes y las perforaciones corporales. Asimismo, esto incide en la recomposición o reubicación en las geografías corporales, en tanto lugares y espacios en los que se decide colocar un dibujo o "rayar" una imagen tienden, en estos casos y circunstancias, a estar en partes de su cuerpo no tan visibles: brazos, piernas, hombros, e inclusive dedos, sobre los cuales se llevan anillos para ocultarlos.

En el caso de las perforaciones que se colocan en una geografía corporal extremadamente visible como el rostro, también causan ciertas incomodidades a algunas personas, razón por la que se opta por ocultarlas o quitárselas.

[...] pues mi abuelo es un hombre de campo, me veía con la nariz, pues parece loro o cosas

así, o la barba que ésa se la ponían a los perros para que no escarbaran, o sea, puras comparaciones con granjas y pavos [...] en la calle todo mundo se te queda viendo y más aquí en Puebla [...] creo ya es más común gente así perforada en la calle [...] ahorita hay un auge mayor pero cuando teníamos muy poco aquí, toda la gente se nos quedaba viendo así como que apartaban a los niños, inspirabas miedo [...] curiosidad y miedo (Joel Contreras).

Yo trabajo [...] aquí en la ciudad de León, es mucho el zapato, yo trabajo en una de calzado; ahí no te dejan entrar ni con pelo largo ni con perforaciones, entonces yo me oculto mi perforación, me la oculto para que no me digan "quitatela" y "porque tienes mal aspecto", como vienen muchos clientes extranjeros, dar buena impresión, pero ¿por qué? [...] entonces yo me tengo que ocultar mi perforación y como estoy de vacaciones, me pude pintar la barba, porque tampoco me la dejan [...] En mi casa no me dicen nada, porque ya saben como soy; soy bien tranquilo, ese chavo dicen "ayuda a gastos de la casa" [...] soy muy formal, sólo que me gusta expresarme así (José Daniel Romero).⁴

Aunque estas alteraciones corporales han sido cuestionadas socialmente, hay que reconocer la existencia de cierta aprobación social en determinados espacios ciudadanos, tales como balnearios, tianguis, parques y algunos restaurantes. Esta mínima aprobación social surge de la admiración que provocan las iconografías llamativas y artísticas, especialmente en niños, adolescentes y algunos adultos jóvenes, y de un cierto

reconocimiento respetuoso a la diferencia. Además, la alteración de los cuerpos posibilita, en muchos sentidos, el contacto social, lo cual es de suyo importante porque si bien a través del cuerpo se establece la primera diferencia social y cultural entre los sujetos, recrudescida en la mayoría de los casos al estar tatuado o perforado, es viable coexistir con las diferencias y no a pesar de éstas: de eso parece tratarse la convivencia más democrática. De cualquier forma, todavía se está lejos de alcanzar un alto nivel de aceptación.

Lo interesante es constatar que esta mínima tolerancia o el rechazo tajante hacia la perforación y el tatuaje en los espacios públicos o semipúblicos de la ciudad, tiene un correlato directo con el asentimiento o impugnación en el espacio privado familiar. Existe una suerte de pasaje entre lo uno y lo otro que tiende a tocarse en lo referente a la aceptación o censura de las corporalidades tatuadas y perforadas. Por su naturaleza, en uno es más visible y en el otro menos, pero en ambos la intensidad tanto de la aprobación como del rechazo es la misma.

Sin embargo, la característica fundamental en el espacio privado es el dilema de la construcción de una identidad en el seno de la familia misma. Generación y género, funciones y jerarquías entran en un conflicto, las más de las veces severo, en la construcción de las identidades juveniles. Probablemente sea aquí en donde se evidencia con mayor crudeza la pugna en la constitución de una manera particular de ser de muchos adolescentes y jóvenes en franca contraposición con sus figuras parentales: progenitores, hermanos mayores, tíos. Aun así, todo indica que es principalmente con la figura del padre con la que se da la disputa central en la construcción identitaria.

Vale recordar que la diferencia o contraposición —a veces radical— con el mundo adulto resulta nodal en los procesos de las identificaciones juveniles.

Así, ocasionalmente, esta diferenciación atraviesa los cuerpos o se instala en las pieles tatuadas o perforadas, con la agravante de que en el caso de los tatuajes la piel se marca para toda la vida, aun cuando sólo quede la cicatriz si se intenta “quitar la imagen”. En este sentido, pareciera ser que no importa tanto el tipo de acto que se realiza en el cuerpo —si se le “raya” o perfora—, sino el hecho de la trasgresión misma al decidir alterar y decorar el cuerpo. Asimismo, pareciera ser que el tipo de represión llevada a cabo por parte de las figuras paternas no varía en función del género; la censura y reprimenda es la misma para jóvenes hombres y mujeres. Veamos el relato de Carolina Anaya, joven mujer perforadora que está tatuada y perforada:

Y, pues sí, por ejemplo, la de los oídos no había problema ¿no? pero de cuando me perforé la nariz, pues sí me empezaron a decir que si estaba loca; o sea no mi pareja ¿no? porque él está en el mismo ambiente, pero algunos familiares ¿no? como mi papá, por ejemplo, definitivamente me dijo: “estas completamente loca, ¿no?” [...] que iba de mal en peor, que si no pensaba yo dejar eso, que eso era falta de personalidad [...] yo le decía [...] yo soy igual con perforaciones y sin perforaciones, yo me visto igual y actúo igual; nada varía en mi persona ¿no? simplemente es algo que a mí me agrada y es algo en lo que yo quiero trabajar también.

Estas situaciones sin duda tensan y problematizan las relaciones familiares. Regularmente el padre y la madre tienden a descalificar tales prácticas a través de un discurso verbal violento e incluso llegan a amenazar con la expulsión del espacio familiar. Y quizás esto tenga que ver con la creencia de que

los cuerpos de sus hijos e hijas “les pertenecen”, y así se adjudican la facultad y autoridad para decidir por y sobre las corporalidades estéticas de los hijos e hijas.

Queda claro que tanto la dependencia económica como la edad se hallan en el centro de la tensión familiar a este respecto. La recuperación simbólica y real de los cuerpos pasa por la independencia económica y la mayoría de edad. Sin embargo, sabiendo de antemano que gran parte de los padres se opondrán, los jóvenes hombres y mujeres optan por la discreción y ocultamiento en lo que corresponde a los tatuajes. En la mayoría de los casos, cuando se toma la decisión de rayarse los cuerpos se lleva a cabo a escondidas y se le oculta a los familiares hasta que la evidencia se impone por sí misma.

Ante esta posibilidad de ocultamiento, sobre todo en cuanto a las mujeres jóvenes se refiere, algunos padres prefieren negociar. Al tatuarse por primera vez, la gran mayoría de las jóvenes mujeres se hacen acompañar por sus padres y toda su familia, e incluso hasta por el novio. Es, evidentemente, una manera de legitimar o sancionar los actos en el cuerpo, ya que son los padres quienes definen el lugar donde se va a plasmar la figura (en el sitio más adecuado); el tamaño (no tan grandes para evitar su visibilidad); la figura (discretas y recatadas). Aquí se vislumbra algo de la carga social en la construcción cultural del género femenino joven, ya que se decide por ellas. En lo que atañe a los hombres jóvenes tatuados, casi todos llegan a tatuarse acompañados de los “amigos” y “cuates”. Aquí la decisión pasa más por los actos de virilidad, hombría (por eso del dolor) y arrojo; lo cual en varios sentidos les da prestigio social y renombre ante los camaradas.

Esto, además, se incorpora a un proceso de ritualidad construido en las perforaciones y en los tatuajes corporales en donde los otros, por ausencia

o presencia, están incluidos: amigos, parejas, novios, esposos y parientes. Y una de las formas de inclusión del "otro" u los "otros" es a través de la negociación que en ocasiones tienen que llevar a cabo con sus respectivas parejas para proceder a tatuarse o perforarse. Esta negociación se tiene que renovar constantemente conforme el proceso de tatuaje sigue su curso; lo más común es que las personas jóvenes que ya se tatuaron por primera vez lo sigan haciendo como parte de un proyecto más amplio en la decoración y alteración corporal. Rosario lo comenta:



[...] desde chiquita siempre he hecho lo que he querido [...] pero esta vez, pues sí me fui a lo grande y pues mi mamá sí se molestó, mi pareja también se molestó muchísimo, porque él tiene la idea de que es una conducta antisocial, de que ¿cómo es que una mujer se va a hacer un tatuaje? más en ese tiempo, no se prestaba muy bien, entonces sí pusieron el grito en el cielo, pero pues ni modo, ya me lo había hecho o sea que ya no había vuelta de hoja.⁶

Esta negociación, en el caso de las perforaciones corporales, se vuelve más delicada cuando uno de los miembros de la pareja decide perforarse los genitales con la finalidad de aumentar el placer sexual. A veces lo que ocurre es que la pareja termina igualmente perforada o bien el otro tiene que quitarse las perforaciones. Y aquí aparece el implícito de las decisiones con respecto al cuerpo que necesariamente están mediadas y tienen que ver con los demás, ya que también es una manera de compartir un cuerpo que relativamente no le pertenece a uno por completo. La negociación es una de las vías a partir de las cuales es posible dialogar para dirimir sensatamente las di-

ferencias, aunque éstas se puedan incrementar de no llegar a un arreglo. Quien da cuenta en detalle de este proceso es Edgar Soto González, perforador, mejor conocido como el "Insólito" o el "Sol" o "Solecito":

[...] muchos lo hacen a escondidas, los menores de edad de plano sí lo van a hacer a escondidas [...] hay algunos que vienen con sus padres, sus papás les dan permiso [...] se ve más en familias con un nivel adquisitivo y una educación avanzada [...] más entre familias como burguesas [...] son familias que como que respetan más esas decisiones, en cambio en las familias más pobres, menos educadas, con una cultura más represiva, es más difícil la negociación, inclusive nunca, o sea, no hay negociación o se los prohíben definitivamente. En cuanto a la pareja del tatuaje hay muchas parejas que vienen juntos, se tatúan juntos, muchos que negocian, la chava o la mujer con el hombre porque el

hombre no quiere definitivamente [...] hombres que se hacen perforaciones genitales sin el consentimiento de su pareja, algunos de plano los mandan al carajo y otros dicen; "no pues qué bien". Sí es una experiencia mucho más placentera el sexo con una perforación en el pene [...] casi toda la gente [...] vienen acompañados, ya sea de un amigo, ya sea de una pareja, inclusive de los padres [...] o inclusive viene toda la familia, puede ser por un tatuaje estético, por ejemplo, de una señora que se viene a hacer las cejas o puede ser de una persona común y corriente que se hace un tatuaje y viene toda la familia a acompañarlo [...] también en perforaciones se ve eso, eso es raro también, yo pienso que vienen más que nada porque es como algo que se comparte [...] porque en cierto modo te da felicidad embellecer tu cuerpo o marcarlo porque tiene un valor para ti quizás muy grande."⁷

- 1 A lo largo de este escrito se incluye algunos testimonios tomados de varias entrevistas individuales y grupales que se llevaron a cabo tanto a los que ofrecen el bien cultural del tatuaje y las perforaciones corporales como a ciertos usuarios o públicos consumidores. Dichas entrevistas se realizaron entre 1998 y 2000.
- 2 Entrevista individual realizada en Tepito, el 3 de noviembre de 1998.
- 3 Entrevista individual realizada en Puebla en el estudio "A Todo Rock", 15 de septiembre de 1998.
- 4 Entrevista individual realizada en la Primera Expo-Tatuajes en León Guanajuato, 28 de marzo de 1999.
- 5 Entrevista individual realizada en el estudio "Dermafilia", 7 de enero de 2000.
- 6 Entrevista individual realizada en el Tianguis de San Juan en Ciudad Netzahualcoyótl, 23 de enero de 2000.
- 7 Entrevista individual realizada en la plaza de coyoacán, 17 de noviembre de 1999.